

EL NIDAL DE LA MINA



“No encuentro el nidal”

Cuando las gallinas eran nuevas o se hacía reforma en el corral, tardaban aquéllas en encontrar el sitio apropiado para la puesta. Los dueños, las amas de casa, no encontraban el lugar de la puesta.



Pasaban días y días y no se encontraban los huevos.

- *No ponen. Estas gallinas no ponen.*

Hasta que un día, se descubría el lugar, apartado, y a veces escondido, en que las gallinas habían ido poniendo día tras día. El hallazgo era una agradable sorpresa. Diez, doce huevos *de una puesta*.



“No encuentro el nidal”.

Algo así debía pensar la tía *FILI*, en su casa, en las cuestras, debajo del Palacio, mientras sus gallinas, como tantas otras, campaban a sus anchas, de acá para allá hasta el atardecer, que se recogían en su gallinero, en el corral.

“No encuentro el nidal”

Y no lo encontró.

Pero sí lo encontraron la banda de pilluelos, del barrio, que pasaban sus tardes de juegos por las cuestras del Palacio, *los hornillos* y las eras de los alrededores.

Fue Jesús, *Botija*, chico despierto y despabilado, quien en sus merodeos, *despistado*, encontró en el *argollón*, que atravesaba por debajo de la casa de la tía Fili, un *tesoro*, diez o doce huevos, resultado de la puesta de varios días de las gallinas de la pobre abuela.

Le faltó tiempo para comunicar el hallazgo a los ociosos compañeros de juegos: Dominguite, el jefe, el mayor, Alberto, su primo, y quien esto escribe.

En principio, todos nos congratulamos con su descubrimiento. Todo fueron felicitaciones con las que Jesús, *Botija*, se crecía como un héroe.

-Pero, ¿qué hacemos ahora, con los huevos?

Teníamos un *tesoro*, pero había que canjear. Comerlo no se podía, aunque Jesús sí *sorbió* alguno de ellos.

No era fácil en la práctica, para nosotros, convertir los huevos en dinero. Los diez o doce huevos podían reportarnos, unas cuantas pesetas. Y sabíamos que, en una época en que el dinero circulaba con dificultad, las tiendas compraban huevos, como compraban trigo, cebada o *almendrucos*. Era el mercado del trueque.

-Pues, nada, a venderlos.

Y, como en el cuento de la lechera, compraríamos: un paquete de tabaco, *Vencedor*, emboquillado, un par de bolígrafos, *de los que se saca la punta*, unos cigarrillos de anís y, con lo que sobrase, algunas chucherías, en casa del Parrillano. Y, si llegaba, en la *tahona de Mario, frente a la casa del Cura, vendían a ciertas horas de la tarde, unos chuscos*, muy sabrosos, recién hechos. Nada comparable al pan de casa, de diez o doce días.

El plan estaba trazado, los objetivos señalados. Acuerdo unánime de la pandilla.

Sólo un problema: *¿Quién lleva los huevos a vender?*

-Yo no, decía Jesús, porque en mi casa no hay gallinas y si se lo dice la Aniana a mi madre... (*La Aniana, era la dueña de la tienda*).



En casa de Dominguete tampoco había gallinas. Y de mi casa jamás se vendió un huevo (tampoco había muchos que vender).

Alberto, un chico serio, vivía con su familia en casa de los abuelos,

- Si se entera mi abuelo que he ido a vender huevos, pensará que se los he quitado del corral.

Problemas, todo problemas. Y, ¡qué problemas!

Convinimos en cambiar de tienda. La tienda de la Aniana era donde nos mandaban a comprar en casa. Pero..., había otras. La tienda de Antonio, la de la Romana,...

Y, debía venderlos... el que los encontró.

Jesús era el más joven de la pandilla, y a menudo accedía a hacer ciertas cosas, para ganarse nuestro aprecio, demostrando su valía. Pero, en este asunto, se negó rotundamente.

Y los demás estábamos decididos desde un principio a no correr el riesgo.

Y, había que dar una solución al tema. Los huevos descubiertos no podían dejarse allí.

La decisión, drástica, vino de la mano del protagonista, *Botija*. Cogió los huevos y uno a uno los fue rompiendo. Los demás le ayudamos con algunos.

La tía Fili se quedó sin los huevos de sus gallinas y nosotros sin nuestro paquete de cigarrillos. No sé si encontraría el nidal o las gallinas cambiarían de lugar de puesta. Pero los huevos rotos constataban que *alguien había encontrado el nidal*.



Es de suponer que también supo de los culpables. Éramos bien conocidos en el barrio.

Manuel Fernández Grueso.

Agosto 2012